

Capítulo final del Libro-DVD: V. Sampedro (ed.) 2005. *13M: Multitudes on line*. Los Libros de la Catarata. Madrid, pp. 279-304.

CAPÍTULO 9.

MULTITUDES ON LINE¹

Víctor Fco. Sampedro Blanco

¿Quiénes organizaron el 13-M? Esta es la pregunta que, los partidarios de la teoría de la conspiración, esgrimen para generar más sospechas que transparencias. Ya hemos visto que los ciudadanos se auto-organizaron, sin coordinación central, sin coordenadas estratégicas que respondiesen a un plan de intervención. Respondieron al llamamiento de unos activistas que hicieron la convocatoria oportuna en el momento preciso. Habrá todavía quien no vea los testimonios e invaliden los análisis que hasta aquí hemos presentado. Sólo podemos invitarle a que escuche las cintas de audio y video de los grupos de discusión, que contraste nuestros datos y estudios. La conspiración sólo puede pervivir sin luz ni taquígrafos, sin hemerotecas, sin otro testimonio que el fabricado.

Pero falta otra cuestión, tan imperante o más que la anterior ¿Qué querían los desobedientes? Nuestra respuesta es sencilla, recuperar el protagonismo perdido en una campaña que, lejos de acabarse el 11-M, se polarizó aún más. Recuperar la voz, después de que los rituales del poder se enmascarasen de luto en la manifestación del día 12. Los desobedientes civiles querían hacerse presentes. Ni más, ni menos. Con todas las limitaciones y la fuerza de este reducido propósito. Con toda su grandeza y sus miserias. Las de los activistas y las de la ciudadanía que protagonizaron el 13-M.

Desbrozaremos primero algunas imágenes que se difundieron sobre el 13-M en el discurso político y en los medios convencionales. Desde la perspectiva que nos ha guiado

¹ Este texto recoge, en su parte final, algunos argumentos de otro previo, “Grandeza y miseria de las multitudes. Sobre las movilizaciones de los estudiantes bahianos en 2003”, escrito al hilo de las protestas coordinadas con telefonía móvil, SMS e Internet; que paralizaron la ciudad brasileña de Salvador de Bahía durante tres semanas entre agosto y septiembre de 2003. El motivo inicial fue la subida del transporte público, pero las protestas originaron debate de mucho mayor calado. La lejanía entre el 13-M y estos hechos es sólo aparente. Las multitudes on line parecen surgir en todas partes.

casi todas esas interpretaciones son erróneas y algunas malintencionadas. Prestaremos especial atención a desvelar factores que alimentan los discursos de la conspiración. Estas tesis conspirativas se desmontan encarándolas con los datos y el discurso de las víctimas cuya voz se arroga. Después, en el mismo tono de ensayo, esbozaré un decálogo de rasgos que, creo, caracterizan las nuevas protestas y las condiciones de éxito de la tecnopolítica. Aquí nos centraremos en el concepto de multitud, intentando desentrañar su potencial como actor político.

1. Vanas palabras

Las versiones más extendidas sobre las protestas del 13 de marzo oscilan entre el elogio épico y la criminalización. David de Ugarte, por ejemplo, las considera como el 2 de mayo del siglo XXI². Quizás mereciese la pena revisar con la ayuda de José Álvarez Junco (2002) las incongruencias que entraña ese mito fundacional en la memoria colectiva de España, antes de proseguir con la fabricación de mitos. Antonio Negri, por su parte, calificaba el 13-M como “una clásica experiencia leninista”. Su parámetro de comparación era, esta vez, la Comuna de París. Así pues, el pueblo español se levantó el 13-M contra el poder injusto, como había hecho en el siglo XIX contra “el invasor francés”. La irrupción de las multitudes en la jornada de reflexión electoral se compara con la primera aparición de las masas revolucionarias. Estas metáforas parecen más bien intentos de renovar el léxico castizo o marxista y, de paso, imprimir importancia a un fenómeno que no se estudia en detalle. Porque, como reconoce el propio Negri,: “ver cómo funciona [la multitud] como sujeto político es un problema pendiente”³.

Frente a los cantos épicos, surgen las teorías que los seguidores del PP sostuvieron antes y después de perder las elecciones. Todo su “análisis” parte de esta derrota e intenta explicarla sin reconocer la verdadera razón del voto de castigo que hemos identificado en los grupos de discusión: el fraude informativo que el Gobierno intentó perpetrar y en el que contaron con tantos colaboradores iniciales. Incapaces de reconocer error alguno, el Gobierno y sus colaboradores más activos imputan el 13-M a enemigos en la sombra:

² Véase capítulo 2, nota a pie de página 3.

³ “Antonio Negri: Las manifestaciones del 13-M fueron leninistas”. *El Mundo*, 14 de abril. Disponible en La Fogata: http://www.lafogata.org/opiniones/aiz_antonio.htm

“Hizo falta un grupo organizado de emisores y, sobre todo, algo imposible de improvisar: una buena base de datos de conectores (personas que enlazan con mucha gente a la vez)”⁴. Pues bien, en este libro firma y habla una parte significativa de ese núcleo de “conectores”. No utilizaron las bases de datos de ningún listado de militantes. Hemos detallado el incremento de usuarios de la esfera periférica digital, las plataformas de contra-información y las redes de confianza que se habían fraguado durante el ciclo de movilización de la última legislatura. Su importancia cuantitativa y cualitativa es algo que debe ser obviado, algo que hay que hacer olvidar. Porque delata la incapacidad de los medios y los partidos durante aquellos días (y en adelante).

El hecho de que no podamos encontrar un caso paralelo al 13-M en una democracia avanzada revela las deficiencias de la esfera pública española. A parte de en contextos cotidianos, la verdadera deliberación sobre la autoría del atentado se produjo en foros, chats, páginas de contra-información y de publicación abierta, en listas de correo electrónico y SMS. Hubo que consumir los medios nacionales en cantidades ingentes, compararlos entre sí y con los medios extranjeros. Y esa deliberación apresurada, realizada desde la periferia, se trasvasó a los circuitos interpersonales de las NTIC. La ciudadanía tuvo que realizar todas estas tareas (como en los casos precedentes de Venezuela o Filipinas) porque los canales de representación institucional y mediática habían colapsado. Cuando los ciudadanos no encontraron ni en la televisión, ni el Gobierno, ni en la oposición datos que confirmasen o desmintiesen sus sospechas cundió el rumor; consecuencia siempre de la falta de noticias y de la desconfianza en las fuentes oficiales. Casi como en un régimen autoritario, el rumor encontró en los círculos de poder un discurso conspirativo.

Tras las elecciones el PP denunció una conspiración, supuestamente fraguada por la oposición, fuentes policiales desafectas y algunos medios afines, en concreto del grupo Prisa. La tesis de la conspiración arrancó con la de la orquestación partidista del 13-M, “arrojando la piedra y escondiendo la mano”, como señalaba José María Aznar. Bueno, algunas de esas manos han escrito este libro y no dilapidaron a nadie.

¿Qué mecanismos han alimentado la “imagen pública” del 13-M?. A los medios convencionales les seducen las metáforas épicas y las tramas conspirativas. Proporcionan la impresión de hacer comprensible algo que se desconoce o no se quiere conocer, pero captan

⁴ “13M: El golpe de una estructura organizada”, Carlos Girauta, citado en Ugarte, 2004: 68.

la atención del público. Veamos un ejemplo, entre los muchos posibles, de cómo se construye un argumento conspirativo. El director de los informativos durante el último Gobierno del PP, Alfredo Urdaci avanzaba ciertas revelaciones que prometía publicar en un próximo libro: “Ha habido un secretario de organización de un partido político que en vísperas de la campaña electoral ha estado en el despacho del director general de Radio Televisión Española amenazándole con una concentración de 20.000 personas en la puerta de Torrespaña. ¿Conclusión? ¿Si son capaces de concentrar 20.000 ante la Puerta [sic] de Torrespaña, cómo no van a concentrar a 2.000 frente a la sede de Génova del Partido Popular?”⁵.

Puntualicemos, algo que no se atrevió (o no supo o no quiso o no pudo) hacer el periodista que recogía la declaración anterior. La primera y hasta el momento única manifestación que se produjo frente a las instalaciones de RTVE tuvo lugar en las últimas marchas de desobedientes contra la guerra en Madrid. La organizaron profesores y alumnos de la Universidad Complutense, varios de ellos son autores de algún capítulo de este libro. No hubo representación partidaria. Sólo contó con el apoyo de los trabajadores de RTVE, que salieron a unirse a los manifestantes y a corear el lema “TVE: Arma de desinformación masiva”⁶. Segundo (por seguir con la fidelidad a los datos), frente a la sede del PP se llegaron a concentrar entre 5.000 y 7.000 personas (el doble o más del triple que el número que aporta Urdaci) y en toda España las cifras oscilan entre 15.000 y 23.000. No olvidemos que en este cómputo no figuran los miles de ciudadanos que realizaron caceroladas y concentraciones en las plazas públicas y barrios de toda España. Y tercero, ¿qué tiene que ver una manifestación de un partido de la oposición contra una televisión (que antes que pública es gubernamental) con una concentración de ciudadanos en plena jornada de reflexión?

Una serie de presupuestos antidemocráticos explican, como no podía ser de otra forma, las teorías de la conspiración y de la orquestación partidista del 13-M. Son inercias institucionales, inscritas en las lógicas empresariales y en las rutinas profesionales del periodismo español. Pueden constatarse en las declaraciones de Urdaci y no soportan un mínimo análisis.

⁵ Entrevista con A. Urdaci, *Diario de Navarra*, 14 de noviembre de 2004, pp. 34-35.

⁶ Véanse en el capítulo 5 las manifestaciones que crearon el contexto de la concentración ante la sede de RTVE.

(a) La disidencia, la protesta es (en principio) criminalizada, ilegalizada. La entrevista que comentamos desvela que a algunos periodistas les resulta inadmisibile que un partido opositor se manifieste contra un medio que, de forma manifiesta, favorece sólo al Gobierno. Se entiende, entonces, que la ley de la audiencia debe ser la única sanción a la desinformación, al incumplimiento de sentencias judiciales contrarias a TVE, a una línea editorial que contradecía a la opinión pública en la guerra de Irak... La respuesta se limitaría a no ver ni oír ese medio. Es lo que se sugiere: Si no te gusta, cambia de canal. Pero una democracia no puede permitirse el imperio de los índices de audiencia, ni en los medios públicos ni en los privados ¿Qué hacer ante una televisión que pagan todos los ciudadanos (también los que votan a la oposición) y que hace campaña electoral permanente a favor del Gobierno? ¿Qué ocurre, entonces, con las mentiras que proporcionan pingües beneficios y favores a los medios privados? ¿Sólo cabe el autismo para quienes no soportan vivir en medio de la mentira, incluso costeándola?

(b) El periodismo que transmite las “certezas” que le cuentan, sin exigir datos y contrastar datos y evidencias, sólo sirve de altavoz. Como tal, extiende mentiras, medias verdades, silencios cómplices... los legitima al ampliar el número de ciudadanos que comienzan a sopesarlas, a aceptarlas. Hace tiempo (ya no) la audiencia entendía que los periodistas habían establecido con ellos un pacto de confianza: cuando informaban no trataban de persuadir, sino que aportaban datos para que el receptor formase su propio juicio. La persuasión es tarea de propagandistas y publicistas; que hacen reportajes institucionales y corporativos, no noticias. La libertad de expresión del periodista no es un patrimonio, gestionado a medias con las fuentes más poderosas. No la delimita el poder, sino el público soberano. El público, por definición, es el único depositario de la soberanía democrática. Su libertad de expresión antecede a la de sus representantes. Son premisas democráticas, ni siquiera deontológicas.

(c) En un estado de derecho, las acusaciones públicas (y más si conllevan el estigma de ilegalidad o imputaciones con carga penal) sólo se justifican por el afán de aclararlas. Si no, en el mejor de los casos, son difamaciones e injurias; en el peor, un amago de chantaje para acallar al oponente, para destruirlo como portavoz de la opinión pública. Sin querer apropiarnos de su voz, una vez más Pilar Manjón, encaraba así a la Comisión parlamentaria de los atentados del 11-M, con argumentos que hacemos extensibles a la mayoría de

periodistas: “Todos ustedes argumentan que el otro partido es el responsable. Si es así, informen ustedes de lo que saben y no cuentan y háganlo ante quien corresponde, ante los jueces. Estamos cansados de acusaciones sin pruebas. Nos parece mezquino tirar la piedra y esconder la mano”⁷. Hacemos notar que, a día de hoy, ningún medio de comunicación español recogió con extensión el dictamen de la Junta Electoral sobre la presunta ilegalidad de las concentraciones del 13-M. Esa institución, también pagada por todos los españoles, resolvió las impugnaciones sobre el comportamiento de los partidos en la madrugada pre-electoral. ¿Intentó de verdad el Gobierno suspender las elecciones? ¿O intentó la oposición aprovecharse de la convocatoria ciudadana? ¿Por qué no se han despejado estas dudas recurriendo a las fuentes institucionales? Como vemos, la conspiración atiende sólo a las instituciones que la refrendan.

d) Todo portavoz de la teoría de la conspiración necesita hacerse la víctima, presentarse como tal. Ese es el tono de Urdaci en la entrevista antes citada: “me sentía como Cristo recién bajado de la Cruz camino de Emaús, con dolor en las heridas”. Y el de Aznar: “Yo estaba intentando averiguar la verdad y detener a los criminales, mientras otros estaban aprovechando para ganar las elecciones. [...] No me han llamado nunca [el Gobierno socialista] para darme información de cómo va la investigación, supuesto que la haya. Y créame que lo hubiera agradecido, por una razón que le digo muy sinceramente. Fue el momento más duro de mi vida. [...] Después del primer atentado terrorista sufrido por nuestro país, a un Gobierno democrático se le ha exigido demostrar su inocencia frente a una acusación agresiva, sectaria, antidemocrática y falsa, no sólo sobre su gestión, sino sobre el respeto a los principios democráticos, a la Constitución, al proceso electoral y a las instituciones”⁸.

A falta de evidencias y de coherencia lógica, la cobertura moral de toda conspiración descansa en usurparles a las víctimas su identidad. Es lo que llamábamos el discurso de las víctimas selectivas: seleccionar las más convenientes para ciertas políticas antiterroristas, erigirse en una de ellas, sumar las del bando propio para acusar al resto de fuerzas políticas de cobardía, airearlas cuando resulte preciso; robarles, en fin, la identidad,

⁷ Pilar Manjón, portavoz de la Asociación 11-M Afectados del Terrorismo, *El País*, 16 de diciembre de 2004, p.18.

⁸ Declaraciones del ex – presidente J.M. Aznar ante la Comisión de los atentados del 11-M en el Congreso de los diputados; *El País*, 30 de noviembre de 2004, p. 20.

capitalizando el dolor ajeno como si fuese un activo electoral. Por último, el combate a la oposición se disfraza de consenso antiterrorista. El PP llevó esta estrategia a su extremo, blindándose de las críticas por la beligerancia informativa que había logrado imponer. No era posible la objetividad en temas de terrorismo, sólo cabía combatirlo. En la madrugada de las concentraciones y caceroladas, TVE y Telemadrid emitían el programa “Asesinato en Febrero”, sobre la muerte de Fernando Buesa, dirigente del PSE, y su escolta a manos de ETA. Este atentado había sido utilizado por A. Urdaci en la pre-campaña de las Elecciones Generales del 2000 en “una noticia” que, en el fondo, era un anuncio electoral de Jaime Mayor Oreja: plasmaba cómo el funeral de Buesa había terminado con gritos de “Ibarretxe dimisión”, pronunciados por militantes del PP, (aunque esto último no figuraba en la “información”)⁹.

Los muñidores de la conspiración llevan mucho tiempo actuando. Emplean prácticas heredadas de una transición pactada en medio de silencios y mentiras prudentes. Pero no pueden digerir las palabras de las víctimas. Se arrogan su voz, pero son incapaces de escucharlas y de permitir que les escuche el público. Una vez más Pilar Manjón tiene la palabra: “Nosotros, nuestros familiares, no han estado en esta Casa [el Congreso], por eso queremos hacerles presentes hoy. Hoy por primera vez se hacen un hueco, *mal que les pese a ustedes*, que preferirían seguir utilizando a las víctimas como arma arrojadiza y argumento para el desprestigio ajeno [...] *Tras meses de no ser escuchados*, hoy señorías durante unos minutos, *sorprendentemente, la palabra es nuestra*” [énfasis añadido]. La portavoz de la Asociación 11-M Afectados del terrorismo se refería a los intentos de los comisionados para que su comparecencia se realizase a puerta cerrada y a las impugnaciones que el PP hizo de su portavocía por ser afiliada de CC.OO.

No es de extrañar por la claridad de sus palabras: “Con la autoridad moral que ostentamos, la única que no nos podrán usurpar, les exigimos que no nos manipulen, que no nos usen; no tenemos siglas. [...] Hace años, señorías, que firmaron ustedes el Pacto Antiterrorista en el cual se comprometían a no utilizar el terrorismo como arma electoral y partidista. Permítannos no creerles a algunos de ustedes en esta ocasión. Ustedes saben perfectamente, aunque les desagrade oírlo, que nos han convertido en moneda de cambio de un juego político. De igual modo que decíamos que no podemos admitir que se nos utilice

⁹ Véase el capítulo 3 nota a pie de página 24

como arma política entre partidos, tampoco queremos admitir que utilicen de manera sistemática a nuestros heridos y afectados y, mucho menos, a nuestros muertos, como culpables de una derrota electoral de algunos o billete de triunfo de otros”¹⁰. No lo entendió así el diario *El País*, que en su editorial del día siguiente afirmaba: “Aunque Pilar Manjón evitó cuidadosamente convertir al PP en el principal objeto de sus amargas observaciones, es obvio que fue este partido el que quedó más en evidencia”¹¹.

La controversia sobre el 13-M pareció agotada tras la comparecencia de J. L. Rodríguez Zapatero en la Comisión del 11-M. Presentó un listado de los miembros del PSOE procesados por presuntos delitos en el día de reflexión, eran apenas 17 y casi todos los casos habían sido ya archivados. El diario *El Mundo* en su edición del martes 14 de diciembre no recogía ni una sola mención a esta parte de la intervención, a pesar de dedicarle numerosas planas. Es otro recurso conspiratorio. Las acusaciones e insinuaciones previas no se desmienten nunca. Se alejan flotando en “el ambiente”, ocultando con más insidias la evidencia de los hechos, la actuación de los tribunales o de los investigadores. *El País*, por su parte, se hacía eco de las declaraciones del Presidente Zapatero y del líder de IU-IV, Llamazares. El primero se negó a condenar las concentraciones e hizo “un canto a los ciudadanos que preguntaron al poder ante las mentiras”, una expresión que no precisaba si se refería a los disidentes en la manifestación institucional o al 13-M. Llamazares aseguró que “Lo que hicimos el 11, 12 y 13 de marzo pasado fue legítima defensa y salir a la calle a decir que no frente a las mentiras”.¹² Tan breve era la información sobre este asunto, que ninguno de los dos diarios había recogido los últimos turnos de preguntas (pasadas ya las 23:00). No repararon en que Llamazares subrayaba la tesis de “la legítima defensa” en su intervención final y que Zapatero le respondía que, en buena medida, compartía sus opiniones. El Presidente añadió que el PP había llegado a “cuestionar que representantes de la ciudadanía hablasen por teléfono o diesen información”. “La ciudadanía fue por delante”, concluyó¹³.

¿Por qué pervive, entonces, la teoría de la conspiración? Ya hemos dado algunas razones.

¹⁰ *El País*, 16 de diciembre de 2004, p.18.

¹¹ *El País*, 16 de diciembre de 2004, p.12.

¹² *El País*, 14 de diciembre de 2004, pp. 22 y 24.

¹³ Notas propias, tomadas al hilo de la retransmisión en directo.

Primero, exime de asumir las responsabilidades que evidenciaría un debate público y transparente. Con lo cual, los políticos y los periodistas pueden mantener o reconfigurar sus alianzas sin excesivos riesgos, sin saltos en el vacío.

Segundo, ofrece una trama narrativa cargada de emoción, que mantiene a la audiencia pendiente y genera beneficios económicos inmediatos.

Tercero, la conspiración, desde luego, entretiene; también en el sentido de distraer la atención de los temas relevantes. Se centra en ciertos personajes y sus relaciones, haciendo olvidar que lo que importan son las instituciones y las inercias que alimentan. Los conflictos personales sustituyen a los problemas estructurales.

Cuarto, las tramas conspirativas alinean a los partidarios de cada bando, enfrentándolos entre sí. Resulta, entonces, más sencillo elaborar discursos ya fabricados, estandarizados. Y, los ataques del bando contrario (aunque carezcan de datos) refuerzan el discurso propio.

Y quinto, toda conspiración sitúa a los periodistas en el centro de la historia. Son ellos los *insiders*, los únicos que desde dentro pueden desvelar la verdad. El secreto profesional les blindo, con lo que gestionan la difusión de información con bastante discrecionalidad.

Resultado de estos, al menos, cinco factores: más ataques, más polarización, más ingresos. Todo ello al margen del rigor y la transparencia imprescindibles para que la ciudadanía pueda tomar “decisiones informadas”.

La teoría de la conspiración genera más de lo mismo. Raya el absurdo que una Comisión parlamentaria investigue la manipulación informativa sin citar a ningún periodista ni responsable de los medios de comunicación. Y ninguno, que sepamos, lo ha solicitado. De modo que A. Urdaci puede afirmar que la decisión de emitir “Asesinato en febrero” fue de Juan Menor: director de TVE con el último Gobierno del PP y que no fue cesado tras el 14-M¹⁴. En consecuencia, resulta imposible desvelar el “engaño masivo” que J. L. Zapatero denunció. En su comparecencia ante la Comisión del 11-M aportó las primeras pruebas contundentes, pero lo hizo nueve meses después de los atentados. La

¹⁴ Permaneció en su cargo, curiosamente, hasta que finalizaron las comparecencias de la Comisión parlamentaria del 11-M. La “dimisión” se produjo el 20 de diciembre. *El Mundo*, sección de Comunicación, 20 de diciembre de 2004. Las declaraciones de A. Urdaci fueron pronunciadas en el XIX Congreso

respuesta desde la otra trinchera fue la esperable. Tomemos el primer y último párrafo de uno de los más señalados arcanos de la teoría de la conspiración, Federico Jiménez Losantos: “Además de *guerracivilista*, sectaria y falsaria, la actuación de Zapatero fue bastante absurda [...] Pero setenta años después de la deriva totalitaria de Largo [Caballero] en *el PSOE, que tuvo la Guerra Civil que quería y la perdió*, quince años después de la afrentosa caída del Muro y fracasado el socialismo real en todas sus variantes ruinosas y criminosas, ¿por qué Zapatero apuesta todo al rojo? ¿Por qué revive la ruleta rusa? Muchas serán ahí las interpretaciones, pero el hecho está ahí: ZP se la juega todo al rojo. Y ya rueda la bolita [énfasis añadido]”¹⁵.

La única forma de romper esta espiral sería, una vez más, oír la voz de las víctimas, que deslegitimaron a la Comisión parlamentaria, solicitaron su cierre y cuya primera reclamación fue: “la creación de una nueva comisión de investigación formada por personas independientes y expertos, una comisión donde los partidos políticos no estén presentes, para que la investigación recaiga en personas que libres de intereses partidistas, ayuden a la ciudadanía española a entender qué fue lo que pasó, que delimiten las responsabilidades que procedan y propongan las necesarias reformas en el funcionamiento de las instancias que pudieran haber fallado en el Estado. Permítannos que sigamos pidiendo transparencia [...]”¹⁶. Dos días más tarde, todos los partidos, menos el PP, acordaron “trabajar ya en las conclusiones” sin referirse a la Comisión independiente. Las razones: “no se puede deslegitimar al Congreso de sus funciones y porque ninguna entidad podría actuar con verdadera independencia”¹⁷. Ocultaron que habrían podido aprobarla con un mandato parlamentario y arguyeron que era una posibilidad no prevista en la actual legislación.

La democracia se defiende con más democracia. La conspiración se elimina con transparencia. Parece oportuno que el Gobierno crease un Alto Comisionado para la Atención a las Víctimas del Terrorismo. Su intención es coordinar la asistencia (hasta ahora más retórica que real) a las víctimas. Y no sigue el patrón del Comisionado del

Internacional de Comunicación, Universidad de Navarra, 8 de noviembre de 2004. Mesa redonda; los retos profesionales del 11M al 14M.

¹⁵ F. Jiménez Losantos, “Todo al rojo”, *El Mundo*, 15 de diciembre de 2004, p. 4.

¹⁶ Pilar Manjón, portavoz de la Asociación 11-M Afectados del Terrorismo, *El País*, 16 de diciembre de 2004, p.18.

Prestige, nombrado por el PP y cuyas conclusiones fueron “se cometieron errores, pero se ha exagerado mucho”¹⁸. Ante todo, se ocupó de distribuir las “ayudas mordaza” para paliar los efectos electorales de la catástrofe (Sampedro, 2004a). Pero no es asistencialismo lo que necesita la sociedad civil española, sino espacios de expresión y crecimiento. Los políticos que hemos identificado y la esfera pública alternativa que construyen ya no admite las versiones renovadas del “pacto del capó”, como aquel que cerró el esclarecimiento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. El 13-M no fue la noche de los transistores, como intentó hacernos creer el ex-presidente Aznar, imputando a la *Cadena SER* la convocatoria. Fue la noche de los móviles.

Al día siguiente de la comparecencia de Pilar Manjón en el Congreso; ni *El País*, ni *El Mundo* ofrecieron una entrevista con ella. Antes debían recoger “las reacciones políticas”¹⁹. La entrevista la publicó el periódico gratuito *20 Minutos*, el mismo que frente a las ambigüedades de los diarios de referencia señalados, había titulado el 14 de marzo: “11-M: fue Al Qaeda”. A la pregunta “Los parlamentarios se disculparon unánimemente ¿Cree que va a cambiar el juego?”, Pilar Manjón respondía: “La sociedad se lo va a exigir. Tengo el móvil colapsado de mensajes de personas que me dicen que escucharon en el Parlamento lo que ellos quisieran decir”²⁰. Una vez más, el tejido social hablaba antes y más alto desde la periferia de la esfera pública.

2. Grandeza y miseria de la multitud y de la tecnopolítica

Resulta sencillo, pero demasiado simple, reclamar la voz para la sociedad civil y beatificarla frente al comportamiento que hemos visto de los gestores profesionales del debate público. Intentamos no caer en ese error, pero quizás nos haya faltado perspectiva.

¹⁷ El primer entrecorillado corresponde a *El País*, 17 de diciembre de 2004, p. 17 y los siguientes a *El Mundo* del mismo día, p. 8.

¹⁸ Rodolfo Martín Villa, *El País*, 18 de agosto de 2003, p. 12.

¹⁹ Ambos diarios esperaron al domingo 19 de diciembre de 2004 para ofrecer sendas entrevistas. Véanse las ediciones de ese día de *El Mundo*, titulada “El golpe del 15-D” (Suplemento Crónica, pp.1-3), y *El País*, “Lo que pedimos llevará años”, p.20. Una vez más los dos periódicos coincidían en enfocar la noticia desde la teoría de la conspiración: ¿Quién les escribió el texto de la comparecencia? Una vez más los periodistas se hacen eco de insidias y minusvaloran las capacidades del tejido social. Y no entienden que un texto pueda consensuarse mediante listas de correos, que pueda modificarse con un ordenador portátil a la puerta del Congreso. Por cierto, ¿le preguntan a los representantes institucionales la identidad de sus muchos amanuenses?

²⁰ *20 Minutos*. Edición de Madrid, 17 de diciembre de 2004, p. 6.

Estuvimos, estamos inmersos en los acontecimientos que investigamos y la redacción de algunos párrafos ha sido casi simultánea a las declaraciones y hechos que presentan. Pido disculpas anticipadas, si mis argumentos no guardan la suficiente distancia. Las dificultades de análisis responden también a que la multitud se nos presenta como un sujeto político inasible, difícil de identificar en sus contornos y de determinar su influencia. Igual que ocurre con la tecnopolítica (las movilizaciones con NTIC), a la multitud no le podemos aplicar los parámetros que empleábamos para medir el éxito de un movimiento social.

Hasta ahora, los investigadores han considerado el número de activistas movilizados y su impacto político y periodístico (Sampedro, 1997) para determinar el éxito de una movilización. Pero hemos visto que las NTIC alteran estas varas de medir. Apenas un centenar de desobedientes, reunidos a las 18:00 en la calle Génova, se pueden transformar en 20.000 en unas horas, repartidos en múltiples puntos de la geografía. Por eso, en los capítulos de audiencias y usos mediáticos hemos concedido más atención a los cambios y perfiles de los flujos de información que a la audiencia total. Por poner algún caso que hemos expuesto, la caída de *TVE* frente a *Telecinco* y la subida de *Nodo50* frente al descenso de *El Mundo.com*, indicaban los trasvases de públicos hacia los medios más críticos que se produjeron entre el 11-M y el 14-M. Además hablamos de públicos activos y, por tanto, de posibles redifusores de los mensajes, conectores de infinidad de activistas en potencia. Su número total es menos importante que el nivel de actividad comunicativa y de movilización social que desplegaron.

Por otra parte, hemos constatado la escasa atención y cuidado que los gestores de la esfera pública prestan a la sociedad civil. Los activistas convocantes del 13-M reconocían que su discurso tenía pocas posibilidades de ser recogido por el sistema político-informativo, antes y después del 13-M. Resulta muy difícil sostener que los manifestantes del 13-M eran un sujeto político, cuando el mensaje con el que fue recibido el nuevo Presidente, al término de la noche de recuento electoral, fue “No nos falles”. El eslogan, desde luego, no puede imputarse a los desobedientes del día anterior. Pero fue presentado por los medios como el aviso que el electorado enviaba al Gobierno socialista (que, además, dio acuse de recibo en público). “No nos falles” es la demanda mínima que puede reclamársele a un gobernante; de modo que su oferta podría ser también nimia: “Un cambio de talante”. ¿Sólo en las formas? El ejemplo nos confirma lo difícil que resulta identificar

la multitud y medir su influencia sólo a la luz de la atención que recaban en la esfera pública central; es decir, al reflejo de sus demandas en los medios convencionales y en los programas políticos.

Intentaré definir los rasgos de las multitudes y los límites de la tecnopolítica. Para el primer objetivo me baso en el concepto de multitud elaborado por autores como Antonio Negri y Michael Hardt (2002) y, sobre todo, Paolo Virno (2003). Pero me distancio de ellos, obviando las disquisiciones filosóficas y gran parte de la jerga conceptual que manejan. Reduzco este concepto a sus rasgos más visibles en el retrato que hemos intentado ofrecer en este libro. Formularé un decálogo que no pretende ser exhaustivo, pero sí describir los perfiles de la multitud y el nuevo modelo de movilización que encarna, basado en la tecnopolítica.

Como tesis central mantengo que los patrones de la movilización han cambiado en el fondo y en la forma. Las nuevas generaciones, “ilustradas” en el manejo de las NTIC, siguen asumiendo el protagonismo de las nuevas formas de hacer política. Pero lo hacen con parámetros distintos a los de sus predecesores. Sus instrumentos de coordinación, acción y representación colectivas son nuevos y, por tanto, también deberíamos renovar los modelos de análisis. Intentando una mayor claridad expositiva desarrollo esta tesis en diez puntos.

1.- El origen de las nuevas movilizaciones reside en la inestabilidad y precariedad en la que se basa el sistema de producción actual.

El trabajo ya no se organiza en centros estables y permanentes. Los grupos primarios, por tanto, no van ligados a la fábrica, que ya no es tanto un ámbito de socialización sino “de paso”. El capitalismo actual fomenta la movilidad y la flexibilidad, la precariedad de los trabajadores. Necesita de las NTIC para conectar y supervisar a los empleados, coordinar procesos y rebajar costes. La inestabilidad laboral se plasma también en las nuevas formas de movilización. No se sabe bien de dónde proceden, ni quién las organiza, ni hacia dónde van. Surgen y desaparecen casi por arte de magia: porque apenas tienen espacios sociales donde manifestarse y consolidarse. Ni el lugar de trabajo, ni los

medios convencionales, ni los partidos y sindicatos de viejo cuño ofrecen hoy espacios de socialización política.

Tampoco quienes formaban el núcleo convocante del 13-M comparten partido, trabajo o barrio. No están afiliados a ninguna sigla. Tienen ocupaciones diferentes y sus residencias son transitorias. Han intercambiado entre ellos más mensajes digitales que conversaciones presenciales. No representan siquiera al movimiento antiglobalización de Madrid, menos aún al del Estado español. Tal movimiento no existe como tal. No cuenta con plataformas estables o un calendario de actividades comunes. Se hace presente en apariciones públicas como el 13-M: fugaces conflictos simbólicos que aplican lo que los activistas llamaban la “lógica de la contra-cumbre”. En términos estrictos los convocantes del 13-M fueron las terminales telemáticas de una red altermundista, que comparte herramientas tecnológicas, pero no territorios ni dogmas. Su activismo, por tanto, es precario. Y mucho más inestable resulta el de los círculos concéntricos de ciudadanos que se fueron sumando a ellos.

Como venía ocurriendo desde las manifestaciones contra la guerra, la satisfacción mayor de quienes iniciaron el 13-M provenía de la pluralidad de sujetos que se habían autoconvocado. Quizás le sobren a ese núcleo convocante luchas internas y deba interiorizar lo que uno de sus líderes, el subcomandante Marcos, señala respecto al EZLN: “Nuestra máxima aspiración es desaparecer”. Desaparecer en la multitud porque el mensaje ha calado, porque se actuó en el momento preciso rompiendo las mentiras prudentes que nadie antes se atrevió a cuestionar. Y porque esa rebeldía se haya generalizado. Quizás sea este el parámetro de éxito de los nuevos activistas, alcanzar tal éxito de convocatoria que sea imposible capitalizar las movilizaciones; empezando por quienes las alientan y convocan 364 días al año.

2.- La acción política de las multitudes se basa en los estilos de vida.

Esa *life-style politics* se centra en exigir un mayor control del individuo sobre su trabajo e identidad, en tejer círculos afectivos y garantizar las máximas posibilidades de

desarrollo profesional y personal²¹. Ya no se reivindican los derechos colectivos de las clases populares, ni los estudiantes actúan como vanguardia de una nueva sociedad.

Los convocantes de la convocatoria del 13-M comparten un estilo de vida, de activismo permanente, expresado en nuevos lenguajes y medios de comunicación; en concreto, los ligados a la telemática alternativa (software libre, conocimiento colectivo...). Las propias fronteras sociales y generacionales de esa cultura tecnológica les impiden arrogarse la representación de las multitudes que convocan. Infinidad de gente desconoce lo que es Linux o un weblog. Los activistas tampoco comparten los códigos estéticos o morales de los estudiantes universitarios o de los padres de familia que se sumaron a ellos. Sus proyectos de vida y sus presupuestos políticos son diferentes.

Pero, con una mirada más profunda, los estilos de quienes practicaron desobediencia civil no resultan tan distintos. Todos desconfiaban de los medios convencionales y de los políticos profesionales; por ello, en distintos grados, debatieron y coordinaron las protestas en nombre propio y con sus propios medios. A veces la tarea se redujo en reenviar mensajes por correo electrónico o SMS desde el ordenador o móvil. Todos se situaron en una izquierda transformadora o, al menos, en una posición de ciudadanía vigilante, decidida a intervenir cuando fuera necesario. Todos habían sufrido la represión policial y el ostracismo mediático durante la última legislatura del PP. Todos compartían la noviolencia; al menos, aquí y ahora, como única arma ética y política. Todos recelaban de las ideologías redentoras. Ya saben que no comportan emancipación alguna, que niegan la individualidad.

La multitud del 13-M se preocupó, ante todo, de saber la verdad, de denunciar la mentira antes de realizar el acto más individual, más personal e intransferible de la democracia: el ejercicio del voto. Si vulneró la jornada de reflexión como multitud, fue para comportarse como votantes al día siguiente. Y así lo demostró el índice de participación. A algunos les puede parecer poco. Pero “cada persona un voto” y “la máxima transparencia del poder” son los principios democráticos básicos. A la ortodoxia partidaria o a las subculturas juveniles que hacen ostentación de “identidades radicales”, quizás les resulte falsa una política de estilos de vida tan personal y plural. Algunos de sus compañeros de protesta, dentro de cuatro años podrían votar al PP. Para ciertos sectores de activistas son

²¹ Para este concepto, véase W. Lance Bennett. 1998. “The Uncivic Culture: Communication, Identity, and the Rise of Lifestyle Politics”. *Political Science and Politics*. Vol. XXXI. N.4, pp. 741-761.

pequeño burgueses, compañeros ocasionales, que volverán a recluirse en su vida íntima y a centrarse en el trabajo y en el consumo, regresando cuanto antes “a la normalidad”. Pero no olvidemos que las multitudes se han evitado las purgas internas, la exaltación de la militancia, el liderazgo y el martirologio del que se han alimentado tantas vanguardias. No es poco.

3.- La tecnopolítica, las movilizaciones con las NTIC, reflejan rasgos propios de la publicidad comercial. Conecta los ciudadanos al mercado informativo y político y, al mismo tiempo, cuestiona su encaje como audiencias y votantes.

El mensaje publicitario actual vende estilos de vida, proyectos vitales habitados por identidades de diseño, caracterizadas por la originalidad y la individualidad. Esto convierte en obsoleta la publicidad clásica, que ya no apela a un sujeto colectivo homogéneo ni se centra en las propiedades y la calidad del producto. Esta dimensión publicitaria de la tecnopolítica se ve reflejada en que las protestas asumen la necesidad de recabar apoyo y visibilidad pública, ante la población y los medios. Pero, en todo momento, se intenta respetar la pluralidad de los manifestantes que se auto-convocan con medios y códigos propios, personalizados.

Los análisis que realizamos del SMS originario de la convocatoria del 13-M desvelaban un conocimiento considerable del lenguaje publicitario y comercial; de hecho, fue elaborado por un periodista. Recurría a la figura de Urdaci como símbolo de la manipulación, y a la de Aznar, como personaje que capitalizaba las críticas al Gobierno. Empleaba expresiones coloquiales que connotaban familiaridad. Señalaba con precisión el lugar y la hora. Apelaba a que los receptores se convirtiesen en difusores. En suma, era un remedo de un anuncio por palabras (hubo que medir los caracteres para que cupiesen). Pero no se trataba de los SMS que promocionan algunos programas “interactivos” como fabulosa vía de ingresos (Sanpedro, 2003). También hemos subrayado la profunda diferencia entre los discursos de la calle y los de los representantes políticos en la noche del 13 y la madrugada del 14. Es decir, la tecnopolítica desencaja y, al tiempo, encaja en el ambiente publicitario que nos rodea.

Gran parte del activismo tecnopolítico consiste en recrear los iconos de la cultura de masas y del marketing político. Como prueba están las parodias de carteles comerciales,

cinematográficos o electorales que circulan por Internet. Proponen nuevas interpretaciones de los productos culturales más extendidos. Pero son igual de engañosos que la publicidad convencional, porque no apelan a la reflexión ni a otro compromiso que no sea prestarles atención y redifundirlos. Es más, se centran en iconos que ocultan las causas estructurales de los problemas que denuncian. Por ejemplo, el extendidísimo lema de “Urdaci, director de la Farola”, difundido tras el 14-M, hace olvidar que el director de informativos era sólo un empleado de RTVE, cuyo sistema de designación de cargos y de control no ha sido denunciado ni debatido en público más que por los propios periodistas o las fuerzas políticas. Por otra parte, insistir en el carácter marginal de una publicación dedicada al sustento de los sin techo no parece ser la mejor vía de impulsar los medios del tejido social. Y, por último, el “chiste” divierte y hace olvidar las críticas a otros medios “independientes”. La tecnopolítica puede canalizar las críticas más certeras y con mayor capacidad de apelar a grandes audiencias; pero con demasiada frecuencia incurre en la banalidad. Al mismo tiempo que cuestiona el lenguaje publicitario, recurre a él.

4.- A nivel político, las nuevas movilizaciones demandan mayor autonomía en el desarrollo de unos proyectos o estilos de vida que, primero, son privados y, sólo en segunda instancia, se formulan como colectivos.

De ahí que la responsabilidad de las movilizaciones no sea fácil de adjudicar y, por tanto, resulte muy difícil capitalizarlas. Los mensajes que circulaban en los SMS denotan que ya no existe un imaginario con el que apelar a la colectividad. No se recurre al pueblo, ni siquiera se invoca a la ciudadanía. “El pueblo unido, jamás será vencido” era un eslogan ocasional el 13-M y quizás el único que las multitudes hayan heredado del siglo XX. Pero el “nosotros” que se manifestó estaba formado de expresiones que, en primer lugar, eran personales. Las imágenes colectivas de los eslóganes del 13-M se basaban en experiencias concretas: Nos mataron a los nuestros. Nosotros viajamos en trenes de cercanía y vosotros en coches blindados. Vosotros hacéis las guerras y nosotros ponemos los muertos. No son identidades pre-existentes o futuras, formuladas en un corpus ideológico. Es el resultado de percibir en carne propia la cara despótica del poder; nada más, pero tampoco nada menos.

Lo colectivo puede primar en el tejido social más movilizado; pero lo individual, lo personal, prima en las multitudes. De ahí la carga de desahogo emocional que tuvieron las

movilizaciones; el tono de hartazgo que se concentraba en unos políticos a los que ante todo se les criticaba por su prepotencia e indolencia; es decir, por cuestiones de estilo. Esas fueron las actitudes del Gobierno respecto a la opinión pública mayoritaria durante la última legislatura. La propaganda y las declaraciones oficiales así lo atestiguan. El discurso gubernamental sostuvo que no existieron mareas negras del Prestige y, más aún, que menos mal que la tragedia había ocurrido con un Gobierno del PP, que había pagado a todos (los que se portaron bien) la pensión-mordaza. No fuimos a la Guerra de Irak, sino en misión humanitaria. Si hubo guerra fue para acabar con los terroristas y, en todo caso, ¿no formábamos parte de los vencedores? Y, por último, ¿qué importancia electoral debe tener la autoría de unos atentados, por salvajes que hayan sido? Ninguna: eso era “hacerles el juego a los terroristas”, “politizar el dolor de las víctimas”. El único efecto tolerable serían la cohesión nacional y el cierre de filas en torno al Gobierno que pretendía generar la manifestación del 12-M. Lo contrario fue deslealtad y conspiración.

Frente a este discurso, la protesta se personalizó en Aznar, que capitalizó los mayores insultos, por haber dado las mayores muestras de indolencia y prepotencia. Es un simplismo personificar en un único líder una tarea de Gobierno que contó con equipos técnicos e instituciones heredadas de anteriores gobiernos; y con un soporte electoral tan significativo que no puede diferir tanto del que en su momento apoyó al PSOE. Y, sin embargo, quizás haya sido Aznar el presidente de Gobierno, de los habidos hasta ahora, que más dañada vio su figura tras perder el poder. Las razones: ignorar el dolor de las multitudes y creerse más fuerte que ellas. Había renunciado a concurrir a unas terceras elecciones como prueba de su desapego del poder. Pero no siguió el ejemplo en el que decía haberse inspirado. Los presidentes norteamericanos, en su último mandato, intentan promover las iniciativas más idealistas, aunque luego fracasen. El ex-presidente español hizo todo lo contrario: una política que muchos sectores de la población percibieron como insensible, intolerante y sectaria. Aunque su perfil duro acentuase el tono “dialogante” de su delfín, M. Rajoy, la multitud se manifestó contra ellos el 13-M. Al día siguiente emitiría el voto de castigo, muchos movidos por “cuestión de estilo”.

5.- La tecnopolítica es fragmentaria e inestable, porque no existen organizaciones ni espacios públicos comunes y visibles para el conjunto de la sociedad.

Antes mencionábamos la personalización e individualización crecientes en los lugares de estudio y trabajo. Son procesos que también se reproducen en los medios de comunicación. Se acude al aula para obtener un título. Se acude al trabajo para ganar el salario. Los públicos consultan diversos medios para, contrastándolos, formarse una “opinión propia”. Parece que hubiésemos renunciado a la dimensión pública de estas actividades. Antes, estudiar, trabajar, implicaba formar parte de determinados colectivos, con cientos de referentes comunes. Tampoco existen ya sindicatos o partidos que cuenten con periódicos o emisoras de titularidad propia, y que apelen a la ciudadanía que no milita en ellos.

Hemos pasado al grupo de afinidad, de iguales (los contados amigos, compañeros de trabajo, estudio o chats), que se conectan por Internet o telefonía móvil. Las propias condiciones sociales explican que no fueron las organizaciones partidarias y sindicales quienes movilizaron a los desobedientes; sino estos mismos, con la misma tecnología que imprime precariedad y movilidad a sus trabajos. Debatieron y se coordinaron con sus propias herramientas: los ordenadores de sus centros de estudio y sus teléfonos celulares, medios que emplean tanto para ganar dinero como para divertirse. Y, a la luz de esta autonomía tecnológica, resulta interesante constatar cómo el espacio de representación pública por excelencia, la televisión estatal, se ha convertido en objeto de las mayores críticas. Críticas de las que tampoco escapan los medios privados.

La acción colectiva durante el 13-M era tan fragmentaria que el anillo convocante no tenía previsto ni el número de activistas iniciales ni las rutas de las marchas que se prolongaron toda la madrugada. Fueron recogiendo en su camino a la juventud que la noche del sábado se suele concentrar en el centro de Madrid, sacándola literalmente de los bares y las discotecas. Para que eso fuese posible tuvieron que reunirse muchas condiciones, que hacen de la tecnopolítica algo imprevisible, imposible de planificar. Entre dichas condiciones señalaríamos:

- un ciclo de movilización social previo muy intenso y prolongado,
- la polarización de la esfera pública,
- un hecho trágico de enorme magnitud, no sólo para la población nacional sino también para la extranjera,
- la inanidad de los representantes políticos y mediáticos para cumplir sus funciones,

- fuentes de información alternativas y extranjeras que cuestionaban la versión oficial y, por último,

- la urgencia de disipar las dudas ante una convocatoria electoral.

Nada más, ni nada menos. Puede hablarse de un contexto excepcional, pero si la multitud cristaliza puede resultar decisiva.

6.- Las nuevas formas de protesta son más expresivas que sustantivas, en el sentido de que no evidencian tanto unas demandas de cambio social como la necesidad de hacerse presente, de ser tenidos en cuenta.

Desde esta óptica el 13-M estaba ligado a la expresión de ciertas identidades políticas de las que antes hablábamos. La multitud estaba plagada de disidentes, hastiados, críticos, dolidos, descontentos... identidades marginadas por el mercado político e informativo. Su pretensión era la de hacerse presentes antes de las elecciones, expresarse de un modo muy diferente, opuesto, al de la manifestación institucional del día anterior.

Pareciera que los desobedientes encontraron la “excusa” o la “oportunidad” de hacerse visibles. Pero no para plantear un cambio de estructuras políticas o sociales, ni siquiera para exigir determinadas políticas. Más bien primaba el plano de la identidad, sentirse acompañado en la disidencia y el dolor tras dos jornadas extenuantes, a la búsqueda del sentido de masacre, del significado electoral que debiera desprenderse. Esto está en las antípodas del discurso político y activista del siglo XX. La multitud portaba tanto desengaño como esperanza. Las reivindicaciones iban más lejos de “estoy aquí y basta ya”. Implicaban “queremos ir hacia allí (otra sociedad, otro gobierno, otro sistema) y no nos basta con esto”. Pero sin concretar hacia dónde, de qué forma, con qué líderes, dirigidos por qué vanguardia.

De hecho, pareciese que la multitud hubiera aprendido al menos tres lecciones.

- Dieron la vuelta al “Basta Ya”, que capitalizó el precedente “multitudinario” de las manifestaciones de Miguel Ángel Blanco, convirtiendo el “Espíritu de Ermua” en un ariete contra el nacionalismo periférico. La multitud demostraba su capacidad de dotar de nuevo significado e impulso a ese sentimiento de hartazgo.

- Por otra parte, hacían suya la versión más superficial del altermundismo y su eslogan de “Otro mundo es posible”.

- Y, por último (¿quién sabe?), también asimilaron el imperativo zapatista “Mandar obedeciendo”.

Daban por hecho que el Gobierno era cuestión de técnicos y profesionales (una idea más bien conservadora). No lo reclamaban para sí (para el pueblo), pero tampoco para ninguna fuerza política determinada. Se hicieron presentes recordando que de ellos y del voto de todos, dependía el resultado de las elecciones. Pero excepto el castigo a la manipulación, seguían sin concretar qué querían.

7.- Las movilizaciones populares han dado paso a las concentraciones de multitudes con un mensaje ambiguo.

El énfasis en lo expresivo da lugar a la incertidumbre de las demandas. Los desobedientes que se reunieron ante las sedes del PP, que cortaron el tráfico y paralizaron el centro de Madrid, no eran un actor unitario, sino la suma de muchas individualidades. No portaban las demandas colectivas que el pensamiento político atribuye al *pueblo*; sino una *multitud* compuesta por grupos diferentes (y que expresaban sus diferencias). No eran el pueblo que intentaba tomar el poder, la cámara de representantes, asaltar las sedes del PP o los cuarteles del Ejército. Quienes siguen aplicando esos esquemas no han avanzado un paso desde 1917 o 1848. Los desobedientes sólo pretendían controlar a quienes gobiernan, empezando por hacerse presentes, reclamando ser tenidos en cuenta.

Para ello se limitaron a demostrar su fuerza para intervenir en un día vetado para las manifestaciones de signo partidista, para interferir en las estrategias de los medios y partidos, para romper el colapso de la esfera pública y acabar con la mentira prudente. Tan ambiguo era el mensaje del 13-M que en Madrid los desobedientes marcharon hacia la Puerta del Sol, para recuperarla como el espacio de diálogo que siempre han ofrecido las plazas públicas (el *ágora griega*). Ése era también el espacio de las convocatorias oficiales en repulsa de terrorismo etarra y de las autoconvocatorias desobedientes contra la guerra. Criticaban sobre todo al PP, pero marcharon hacia el Congreso de los Diputados diciendo “Que no, que no, que no nos representan”. Y, por último, desembocaron en la estación de Atocha, uno de los lugares de los atentados, para realizar una vigilia, teñida de dolor laico pero remedando un velatorio cristiano. Nadie dio las consignas, los móviles siguieron

trazando nuevas trayectorias de desobediencia. Los papeles con “A las 12:00 en Sol” pasaban de mano en mano en la concentración de la calle Génova.

No sirve de nada imputarle una lógica partidaria al 13-M, como hizo Eduardo Zaplana ante la Comisión de Investigación del 11-M, argumentando que el Presidente R. Zapatero no las condenaba porque era su “principal beneficiario”. Esa obviedad no sustenta la tesis de la conspiración. Tampoco serviría de mucho, como hizo el nuevo Presidente cuando conoció su victoria, que se interpretasen las concentraciones como síntoma de un “deseo de cambio”. Esa demanda, si se puede considerar como tal, resulta ambigua y manida (porque remite de nuevo a la noción de “cambio” en la transición, al “cambio y progreso” de los gobiernos del PSOE). ¿Qué querían? Por de pronto, y atendiendo a las primeras medidas tomadas por el nuevo Gobierno: la retirada de tropas de Irak.

Pero el día de la investidura presidencial sólo un pequeño grupo de activistas reclamaba ante el Congreso: “Zapatero, las tropas lo primero.” ¿El 13-M la multitud estaba en contra de la guerra de Irak, de todas las guerras, o sólo contra una participación española que conllevaba muertes civiles aquí? ¿La multitud se oponía sólo al PP o al sistema actual de partidos? ¿Denunciaba la crisis de la democracia representativa o sólo quería un cambio de representantes?. Resulta paradójico que, renunciando a expresar demandas sobre ciertos asuntos²² se materializasen en el poder el nuevo Gobierno. Muy pocos jóvenes que entrevistamos el 18 de marzo creían que se fuesen retirar las tropas de Irak; entre otras cosas, porque no era una promesa electoral firme, menos aún inmediata.

El gran éxito político que, al menos hasta ahora, se atribuía a los movimientos sociales era que introdujesen sus demandas en la agenda electoral de un partido. ¿Tuvo la multitud la enorme fuerza de condicionar las primeras decisiones del Gobierno socialista? Podría ser, pero antes de lanzar salvas podríamos sopesar las razones que llevaron a tomar esta decisión. ¿Qué papel jugaba para afianzar voto indeciso? ¿Qué influencia tuvo el liderazgo interno de Zapatero dentro del PSOE? ¿Qué alianzas internacionales pesaron más?. Podría ser que las multitudes sirvieran como baza para aumentar la discrecionalidad del gobernante. Porque la retirada de Irak no fue consultada al Parlamento. Porque en la agenda electoral socialista dependía de un mandato de la ONU, que se produjo poco después, y de un plazo de varios meses que no se dejó cumplir. Porque la participación

²² Abandonar Irak de inmediato.

armada en Afganistán, en cambio, se legitimó aún más, haciendo olvidar a la población que asuntos como el Yak-42 se habían producido como consecuencia de la invasión afgana no de Irak. El mensaje ambiguo de las multitudes permite que otros lo moldeen según intereses ajenos.

8.- *El juego político de las multitudes es, sobre todo, de visibilidad.*

Pareciese que la multitud se hubiera negado a concretar sus demandas en términos que pudiesen ser asimilados por los representantes públicos. También podría haber renunciado de antemano a tales objetivos, considerándolos inalcanzables o, simplemente, puede que no tenga capacidad para plantear una agenda de demandas. Incluso, el núcleo convocante reconocía su incapacidad para avanzar unas reivindicaciones factibles. Y, desde luego, este grupo de activistas no se hizo presente de ningún modo en la noche de los resultados ni en el debate posterior sobre el 13-M. Fue superado con creces por una juventud que había disfrutado, quizás por primera vez, de una fiesta democrática. Fiesta en el sentido más trivial (jolgorio) pero también con un significado comunal, de celebración compartida. Para unos esto será síntoma de inmadurez, para otros la socialización política de una generación de nuevos votantes, que no recuerdan la transición y desconocen el franquismo o la guerra civil.

Exigir la verdad era pura retórica, porque los movilizados tenían ya constancia del afán manipulador del Gobierno, habían recabado suficientes datos y evidencias por sí mismos. Quizás fuese eso lo que expresaban, su autonomía e independencia de juicio y, por tanto, la soberanía de su voto. Lo cierto es que, en lugar de una verdadera acción política, la multitud desplegó todo un repertorio de actividades que hicieron visible su potencia. En principio, paralizó las principales vías de comunicación en Madrid. Retiró a los jóvenes de los lugares de ocio y los condujo a una marcha ciudadana. Puso en jaque a las fuerzas policiales y emplazó a las políticas a decantarse, manteniéndolas en vilo hasta los resultados del 14-M.

No crearon el “caos generador” con el que sueñan algunos de sus supuestos portavoces (bien es cierto que pocos). Es dudoso que se sintiesen parte de una plataforma de “resistencia al poder, sus mentiras y modos de proceder”. No hay, por tanto, una acción colectiva dirigida a demandar la autogestión del poder o a exigir y controlar ciertas políticas

públicas. Más bien se intenta expresar la autonomía de cada individuo, de cada grupo de afinidad. Capacidades que, sumadas, generan la potencia necesaria para hacerse sentir, hacerse notar. De ahí la cantidad de testimonios que hemos recogido y que transpiraban el orgullo de “haber mostrado aquello de lo que somos capaces”. El sentido final de esa fuerza permanece, sin embargo, en la ambigüedad y en la indefinición. Rasgos que, a lo mejor, son la verdadera fuente de su energía. Precisamente, porque la multitud se auto-convocó “sin partidos” y en “silencio por la verdad” pero ante la sede de una fuerza política, adoptaba una forma de protesta ambigua, que estaba en el límite de lo permisible en un día de reflexión electoral. Porque no postuló ninguna candidatura como vencedora es inasible; no se compra ni se vende con promesas, sino con acciones de Gobierno concretas.

9.- Las multitudes combinan las estrategias radicales con el oportunismo y el cinismo.

Marcharon durante toda la noche sin autorización, tomaron la calle, pero sin la violencia de las hordas “radicales” ni de las fuerzas “de seguridad”. Las multitudes desplegaron la desobediencia civil no violenta, estrategia básica en todas sus apariciones en otros lados del planeta. Parece haberse extendido una conciencia clara de que las vías formales de participación política, desde el voto hasta la manifestación legalizada resultan asimilables y asumibles por el poder establecido. El paralelo con las contracumbres altermundistas resulta evidente. La gente que marcha por la calle sin ir de compras ni de bares, que corta el tráfico, le disputa la vía pública al poder económico y político. Ni consumen ni piden permiso para ejercer sus derechos civiles. Con la simple fuerza de su presencia, la de los números, votando con los cuerpos, las multitudes invalidan la calle para aquellas funciones que el sistema se ha reservado: por una parte, la compra-venta de bienes, servicios y personas; por otra, los fastos marcados por el calendario institucional.

Pero con la misma rapidez con la que la multitud ocupó la calle, la desalojó. Para que, como ocurrió un poco más tarde, se celebrase una boda real al lado de la estación de Atocha. Esa intermitencia, esa falta de constancia, lo es también de coherencia. Se observa cuando la desobediencia civil se transforma en resistencia o desobediencia a secas, de modo que no se cumplen (excepto en el grupo de activistas) todos sus requisitos. Insistimos que tras los primeros procesos abiertos por los sucesos del 13-M, ni siquiera 2.000 personas se autoinculparon del mismo delito en una lista abierta que circula en Internet. No hubo

movimientos en esa lista, pasados los primeros días. No se alteró con los ataques partidarios en torno al 13-M, ni con la comparecencia de los portavoces de las víctimas ante la Comisión parlamentaria del 11-M. Es desobediencia intermitente y contingente: depende de las circunstancias, de los costes que conlleve, de cuántos la secunden... Es una desobediencia oportunista, con sentido de la oportunidad. Por banal que nos pueda parecer, siempre se ha dicho que ésta era la principal cualidad de un buen político.

Existe sin embargo el consenso en torno a la no violencia. Porque el recurso a las armas conlleva dos peligros: siempre la va a superar la violencia estatal o de la elite (que encontrará entonces la excusa para combatir al adversario) y que, a largo plazo, conlleva la pérdida de referentes, hasta desembocar en un nihilismo, sin más objetivo que perpetuarse. La experiencia negativa de las guerrillas subversivas y la limitada participación ciudadana en las instituciones ha supuesto que la desobediencia civil se postule como práctica cotidiana en los ámbitos del movimiento autónomo y autogestionario. Sin embargo, la multitud medirá los riesgos de cada acción intentando minimizarlos. Sopesará si puede rentabilizar la represión y abandonará la protesta cuando el cálculo resulte negativo. Ese sentido de la oportunidad también es un requisito de la fuerza de trabajo contemporánea, a la que se le exige una capacidad de reciclaje y acomodo constante.

En la misma línea descubrimos el cinismo de la multitud, entendido no como un rasgo necesariamente negativo. Paolo Virno emplea este adjetivo para referirse a la conciencia que demuestra tener la multitud sobre la importancia de las imágenes y de su desconexión con la realidad. Al tiempo que critica a los medios convencionales, se preocupa por la puesta en escena y por cómo se reflejan las movilizaciones en los medios. Podríamos afirmar que la multitud no lucha tanto por ser fuerza política, grupo de presión o vanguardia de transformación social, sino por parecerlo. Encarna ese papel con afán escénico, como un aviso, amagando sin dar nunca el último golpe. ¿será porque no puede asestarlo o porque ya ha recibido suficientes golpes?.

10.- Las multitudes, al tiempo que son capaces de promover el cambio social, también pueden contribuir a perpetuarlo.

Resulta interesante constatar que la desobediencia se convirtió en normalidad electoral al día siguiente. Demasiados rasgos de la multitud le impiden jugar un

protagonismo político, tal como se venía entendiendo hasta ahora. Pragmatismo, oportunismo, cinismo, escepticismo o individualismo no son cualidades que hasta ahora se considerasen propias de un activista. En la multitud, por una parte, constatamos una amalgama de individuos y grupos de afinidad que pugnan por incrementar su autonomía y expresar una identidad diferenciada. Fuera de ella observamos cómo las organizaciones políticas y las empresas culturales recaban nuevos votantes y consumidores entre las nuevas generaciones de activistas. Los movimientos contraculturales y revolucionarios de los años sesenta fueron cooptados, totalmente integrados. Supuestamente tenían objetivos antisistémicos, pero funcionaban con la misma lógica jerárquica, de arriba abajo, que impera en los partidos y medios convencionales.

La multitud, en cambio, no existe hasta que se constituye por sí misma, sumando individuos y redes de confianza, uno a uno; pero con un ritmo celérico y una difusión exponencial gracias a las NTIC. Sería un error no reconocer el potencial emancipatorio de unas movilizaciones que no se refugian en ideologías de clase o nacionales. La multitud recurre a algunos símbolos viejos (por ejemplo, la imagen del Che Guevara o la A anarquista) para reivindicar precisamente aquello que los proyectos revolucionarios del siglo pasado negaron: la dignidad del individuo, el derecho a la diferencia, a autodeterminarse. La multitud moviliza emociones tan sinceras como maleables. Suma pasiones personales hasta que se dotan de significado político y cobran la fuerza necesaria para interpelar al poder desde el hartazgo y el dolor. Y a ellos suma el placer y la alegría de sentirse juntos. Quizás fuesen estos los mismos mimbres emocionales que alimentaron la oposición a Vietnam o la progresía anti-franquista. Pero ahora ya no precisan legitimación ideológica, ni el permiso del comité central. Les basta disfrazarse de vigilia democrática, como un entierro al viejo estilo: donde el luto se mezcla con el banquete y la fiesta.

No se trata de bendecir ni de condenar, de vaticinar el advenimiento o el fin de ningún actor político inédito hasta el momento. No creo posible evaluar la influencia o el futuro de la multitud y la tecnopolítica. Esta es una pretensión intelectual invalidada por esas mismas nociones. Porque la multitud y la eficacia de la tecnopolítica depende de factores no controlables ¿O sí?.

En realidad su aparición responde al fallo de los canales de representación y debate democráticos. La multitud en sí misma denuncia a quienes se arrojan su voz. Le transmite

que o dejan de considerarla como mera clientela política e índices de audiencia, o volverán a desertar de esos medios y partidos y a ponerles en evidencia. Se fugarán a otras fuentes y medios de referencia. Volverán a denunciar la mentira prudente. Ocurrirá en momentos contados, es cierto, pero serán los claves; aquellos que marcan una diferencia real en la cultura política de gobernados y gobernantes. La multitud han aprendido, quizás intuitivamente (o por la pedagogía altermundista, o por el desengaño de sus generaciones más maduras), a realizar una denuncia radical, sin directrices gestoras. Precisamente eso le convierte en peligrosa, para sus adversarios, pero también para quien quiera atribuirse su representación.

La presencia política de la multitud es disruptiva, rompe con la normalidad institucional y la vida cotidiana de los individuos que la componen. Por una parte, inquieta a quienes están acostumbrados a postularse como sus portavoces; porque su aparición no se predice con sondeos electorales o estudios de audiencias. Ni se neutraliza con campañas y medios convencionales. Y, por otra parte, los individuos y las redes de afinidad que forman la multitud desean retornar al “estado de normalidad” en cuanto sea posible. No son activistas profesionales, sino provisionales, conscientes de la importancia de los planos individuales y afectivos de su existencia. Se les puede reprochar bisoñez o superficialidad, pero no falta de sentido común.

El movimiento feminista o el ecologista (sin duda los de mayor éxito de los surgidos en el siglo pasado) han avanzado posiciones imbricándose en la vida cotidiana, en los estilos de vida que materializan la igualdad de género o el respeto al medio ambiente. Todo ello sin haber constituido un bloque histórico en la esfera política, ni haber logrado la hegemonía cultural (en el plano de los valores). Y, sin embargo, todo partido con opciones a gobernar en cualquier país del mundo incluye en sus programa electoral la ecología y la igualdad de género. Los movimientos sociales que trabajan estos temas no han demandado ministerio alguno, pero sí han respondido desde la desobediencia civil y la resistencia cotidiana a las agresiones al medio ambiente o a la desigualdad sexual. ¿Es este el ejemplo a seguir para quienes se sintieron parte de la multitud del 13-M? Habría que inventar, entonces, nuevas formas de desobediencia, nuevos espacios de convivencia y nuevas formas de comunicarlas... En ello estamos.